

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

Año VIII — Santiago, Febrero de 1931 — Núm. 72

---

Luis Alberto Sánchez.

## INDAGACION DEL ESPIRITU INCAICO

**L**A MÚSICA Y EL SERVILISMO.

«La música es el arte de los pueblos débiles», dijo el poeta Laprade en su libro *Contre la musique* en que, polemizando con Falloux, atacó a Napoleón Tercero. El cancionerismo significaba para él una manifestación, no tanto de impotencia, como de debilidad. Arte de insatisfacción, arte de protesta, tácita y melodiosa, signo de un medio subyugado y de un poder irrespetuoso, la música ha sido siempre el sistema de expresar descontento, porque, en el fondo, fué arte de evasión. En la Rusia de los Zares, cuando más intolerable era el yugo imperial, surgió la música de *Los Cinco*. En la Alemania semifeudal nació el arte de los clásicos alemanes. En la Francia espiada, sujeta a policías secretas y esbirros, de Napoleón Tercero, triunfaba la canción. En el Perú incaico todo el fervor contenido de los indígenas, toda la protesta silenciada de los súbditos, toda el ansia de liberación del poblador, se refugió desesperadamente en la música. Toda la música y la poesía incaicas revelan el estado político autocrático y mediatizado del Tahuantinsuyu. Lógicamente el pueblo fué comunitario y receloso de la coacción

externa, resignado al anónimo. Que el anónimo no siempre encubre un alma baja en el que lo produce, sino un espíritu intolerante, incomprensivo y siniestro en quien lo provoca y obliga a usarlo como arma.

A través de la literatura—y el folklore—surge, pues, con mayor evidencia que en ninguna otra vía, el problema del Incario peruano y la tragedia de la aparición del espíritu nacional. Arrancando de esa época, y pasando en seguida por la época virreinal, que prolongó entre jácaras, loas, recepciones de virreyes y fiestas a magnates, el espíritu autocrático, se explica cómo la originalidad tuvo que realizar tantos esfuerzos—ella, y no el escritor—para buscar al escritor. Pero, en vez de generalizaciones, explica mejor el caso un examen de las condiciones en que se produjo el fenómeno literario del Imperio y la prolongación de la literatura y el espíritu indígena hasta nuestro tiempo.

#### REALIDAD Y LITERATURA.

En primer lugar, la realidad peruana—y espejo de ella es su literatura—presenta una dualidad definida, como ocurre en Bolivia y, parcialmente, en México. La dualidad está en la coexistencia de dos idiomas diversos y ambos mayoritarios; el quechua y el castellano, mejor dicho, el indígena puro y el mestizo con mayor proximidad al blanco.

En todo país en que han ocurrido violentas superposiciones de culturas y razas—desde los hicsos en el lejano Egipto faraónico, los Inkas en el Tahuantinsuyu, los araucanos en Chile, los normandos en Inglaterra, los aztecas en México, los visigodos en España, quizá los uros en la meseta boliviana—se ha creado una oposición neta entre raza y raza, cultura y cultura. Pero, generalmente, esa oposición termina con la absorción de una cultura por otra, lo que se manifiesta especialmente en el idioma. Así procedieron los romanos, colonizadores sumos. Los ingleses, en cam-

bio—ironiza Keyserling en su *Europa*—, por mantener una transición prologal, respetan al ídolo adorado por el pueblo sometido, aunque se llevan los productos de su tierra: no atentan contra la conciencia religiosa tan susceptible y belicosa, sino contra la riqueza económica. Y lentamente infiltran, luego, su cultura. En el caso del Perú, nada de eso existe. Los colonizadores y catequizadores tuvieron el don especial de aumentar, en vez de disminuir, la animadversión entre las razas antagónicas. Y aumentado esto por la congénita desconfianza aborígen, no es raro que se llegara al resultado de una total separación entre ambos elementos. Separación que subsiste, aunque Ricardo Rojas se esfuerce en crear símbolos conciliatorios, como el de *Eurindia*, y Vasconcelos pretenda sistematizar una *Indología*.

No se avanzó, pues, ni en unificar el idioma, vehículo de conciliación y expresión de una cultura. La disparidad de lengua conservó la disparidad de sensibilidad y de criterio. Y es así como, al lado del cholo, el zambo, el mulato y el blanco más o menos mestizo, subsistió el indio, con alma quechua, idioma quechua, costumbre quechua, literatura quechua.

En el quechua se encuentra por consiguiente la clave para descubrir el alma peruana. No se trata de «cultura incaica» o «movimiento indigenista». Lo incaico pertenece al pasado; lo indígena encarna un sector —sociología— del espíritu actual, con un contenido más económico que literario. El quechua, en cambio, abarca el pasado incaico y la actualidad indígena. Desde el punto de vista filológico y literario, representa mejor que ningún otro indicio, el *quid* del debate. *Quid humanum*, por cierto. Quechuas y mestizos: he aquí la escisión básica de la cultura y la sociedad peruana. En literatura no se puede alterar una división tan honda y exacta. Mucho menos se puede ni debe apelar a los esquemas provisionales de la historia ex-

terna: Imperio, Colonia, Independencia, República. No corresponden éstos a la historia interna, que es la base de la literatura.

Contra un criterio semejante, es natural que insurjan los partidarios del arte puro. Pero aun los más finos artistas de hoy convienen en la misión y el significado profundamente social de la literatura y sus evidentes correspondencias con la vida externa de un país. Sin necesidad de recurrir a criterios extremistas, como el de la *Wapp* soviética, ni a teorizantes implacablemente marxistas como Plejanov, ni a profesores de sociología extraviados en la estética, como Charles Lalo, basta tomar el pulso a los artistas de hoy—y de todos los tiempos—para comprobar la innegable influencia absorbente de lo social en la literatura, y el hecho de que *literatura* y *bellas letras* no son una misma cosa, como tampoco debe rebajarse la literatura al papel subsidiario con que los sajones suelen hablar de «literatura», en el sentido de «publicidad» de un artículo, o de «bibliografía» de una ciencia. Artistas puros como los de ese grupo exquisito de La Habana—timoneles de 1930—otorgan a la literatura y al literato una función eminentemente social. Curzio Malaparte hablaba alguna vez—y ello se encuentra en la antológica *En torno al casticismo de Italia*—de la urgencia de negar al intelectual puro. Unamuno, Rolland, Frank, Lewis, hasta los menos «humanizados»—el caso de Ortega y Gasset, profesor terso de una ciencia fragorosa, como la política—convienen al cabo en que el literato no puede vivir ausente del hombre social. En la literatura chilena, prescindiendo del ejemplo de Vicuña Mackenna y Lastarria, podría apelarse a la Mistral, en quien hallan eco las inquietudes del momento. Raúl Silva Castro ha acusado a las letras chilenas de no preocuparse de las grandes inquietudes de la vida y de la intelectualidad, y el sólo hecho de «denunciar» ese hecho—posible, real o ficticio—quiere decir que com-

prende el crítico chileno la necesidad de que una literatura, para crecer y robustecerse, preste oídos a esas inquietudes que son el sustento de todo acto intelectual o vital, artístico o no. Ahí tenemos, además, el ejemplo de Valle Inclán y D'Annunzio, puros estas de otros días, mostrando en su evolución última hasta qué punto en lo literario—por puro y excelso que sea—se insufla el hálito poderoso y sugestivo de lo social.

Por fuerza, pues, una discriminación de la literatura quechua deberá, por lo menos, rozar el problema del quechua en la realidad peruana, el sentido del Imperio, la cuestión del aborigen, algunos problemas de la historia externa que se reflejan elocuentemente en la literatura.

#### EL QUECHUA Y SU MEDIO: LAS MASAS.

«Como el Nilo ha creado el Egipto, la cordillera andina ha creado la cultura inkaica», escribe Luis Valcárcel. De ahí provendrá, sin duda, forzando una sutil interpretación literaria, el «culto de las cumbres», que, según unos, ha caracterizado a la cultura del Imperio, aunque, en realidad, ésta es fruto de valle andino templado, ya que hasta la voz «quechua» significa «quebrada, y quebrada llamamos en el Perú al pequeño valle de temperatura primaveral».

El lazo entre la tierra y el hombre tiene una fuerza evidente en el Perú. No es este un seguimiento de Taine, sino una comprobación simplísima. El valle y la altura determinan en el indio una especie de panteísmo generoso, ante el cual «apenas si hay cosas feas o despreciables». Aun cuando su poesía esté impregnada de un marcado sentimiento erótico—casto por demás—, más poderoso aun es el amor a la naturaleza—sentimiento rural—, que lo mismo puede ser virgiliano que franciscano, según como se le interprete. No debe olvidarse el amor al animal entre el indio peruano. La

llama reemplazó a veces—provocando la admonición vehemente de los misioneros del Coloniaje—a la mujer, en aquel «bestial pecado» horror de curas y doctneros. J. A. Escalante nos refiere que aun para los indios actuales, las ovejas y vacas constituyen una extensión de la familia. En ciertos días del año festejan a estos nuevos familiares: «en carnaval a las vacas; en San Juan a las ovejas; por San Roque a los perros; hacia fines de Julio, a las llamas». Hildebrando Castro Pozo describe con abundantes detalles—en *Nuestra Comunidad Indígena*—la intensa ternura del aborigen, tal como se revela en su literatura y en el carácter de sus festividades. Y de éstas—excesivas para el mal humor de Von Tschudi—y de su origen agrario, arrancan el amor a los animales y la devoción ancestral al sol.

El Imperio tuvo, por sobre todo, un marcadísimo tono comunitario, dentro del cual no había la posibilidad de que surgieran personalidades señeras. No conoció grandes hombres, sino *grandes masas*. La literatura de un Estado así es adversa a la nombradía. El manto de un gran anonimato colectivo se extiende por sobre las letras incaicas. Jamás se aposentó ahí la idea ibseniana de la soledad. Jamás cupo un Robinson en aquel sistema. Para su literatura no nacieron los Defoe, los Emerson, los Carlyle, los Nietzsche ni los Walt Whitman. El grupo, no el hombre, es la unidad jurídica. Desaparece la personalidad literaria, absorbida por la muchedumbre. Cahuiti—el ritual Cahuide—asoma en momentos de belicosidad—si no es una invención hispanizante—y sólo después de la violenta ruptura del Imperio, bajo la invasión española.

El tipo intelectual de esa cultura adquirió los caracteres agrario-colectivos de la sociedad en que vivía. Su intimidad con los animales; sus tropos frecuentemente rurales—concordancia con los latinos, también agricultores—; su divinización de la tierra y cierta «placidez virgiliana» de su literatura, nacen de su agraris-

mo. La Madre Tierra,—*Mama Pacha*—ejerce una influencia decisiva en el hombre quechua y su expresión. Ya en el Génesis un elocuente versículo advierte que la tierra—y no el polvo—encierra el principio y el fin del hombre: tierra fecunda y perdurable; no polvo deleznable, fugitivo, anárquico, precario. «Hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado», dice el texto bíblico. Y la tierra—modeladora de pueblos—inspira y plasma la música y la canción incaicas.

Los indios peruanos tomaron además de la Naturaleza cierto hieratismo connatural de las montañas. La vida colectiva, bajo la férrea autocracia imperial, restó inquietud individual a sus espíritus, a pesar de la «presteza para la emoción erótica», de que habla Valcárcel. Simples, de toda simplicidad, los peruanos amaban las ideas generales: en su idioma, *Pacha* y *Tupu* significan igualmente, tierra, duración, sucesión, coexistencia, es decir, que el tiempo y el espacio son conceptos que no difieren mayormente. Si se advierte tristeza en la música y en la fisonomía del indígena peruano, hay que buscar la causa—dice el cronista Cieza de León—en la nostalgia del buen tiempo ido. Pena de desterrado, «amargor de alejamiento», tortura de *mitimae*—*mitimae* era el trasplante de un pueblo a otro por voluntad del Inca—, dolor político que trascendió a la existencia entera del pueblo incaico. Aun está por dilucidarse si la simplicidad del arte y la literatura quechuas traducen estilización o primitivismo, sobriedad o pauperismo, supresión de lo adjetivo o ausencia de lo sustantivo. Lo hemos de ver más adelante.

El carácter agrario-colectivista de su constitución íntegra aparece neto en los nombres de los viejos *ayllus*. Uno de los primeros se denomina el de *Guacaitaqui*, o de los cantores religiosos o *huacas*; otro, el de *Surana*, o de los pastales; aquel, el de *Guanaiyata*, es decir, «la altura de la necesidad o el escarmiento»;

éste, el de *Hahuainñin*, o de los forasteros. La misma fábula de los hermanos Ayar revela ruralismo. *Ayar* equivale a quinua silvestre. Los hermanos Ayar se llamaban Ayar Uchu, Ayar Cachi, Ayar Auca y Ayar Manco, que fué el vencedor de todos: *cachi*, es sal, *uchu* es ají, *hancca* es maíz tostado, *manco* es jefe. Las mujeres de estos hermanos—, comenta Valcárcel en *Del Ayllu al Imperio*—delatan también un origen semejante al de sus esposos.

Mama Oello, Mama Rauro, Mama Guaco y Mama Cora equivaldrían a elementos distintos—fecundación, fuego, mala yerba, yerba medicinal—, y de esta suerte el *ayllu* epónimo estaría dividido en ocho fratrías. El carácter agrario no es, pues, una simple moda literaria de las canciones indígenas, sino que responde a la constitución misma de aquel pueblo.

#### EL COLECTIVISMO Y EL ANÓNIMO.

No importa averiguar en este ensayo el origen del primitivo peruano. Basta una conclusión que Raúl d'Harcourt escribe en su *América antes de Colón*: «si el americano no es autóctono, llegó al Nuevo Mundo con conocimientos y técnicas sencillas, propias de la edad paleolítica, de donde sus adquisiciones posteriores se las debe a sí mismo, a su genio inventivo, que le permitió levantar, poco a poco, por sus propios medios un monumento sólido y bello». En *El Perú histórico y artístico* de un investigador severo como José de la Riva Agüero hay un concepto semejante (p. 13).

Lo importante es ahondar en la psicología del pueblo quechua de ese tiempo. Resalta, primeramente, el acento *anónimo* de su literatura. Spengler se refiere en *La Decadencia de Occidente* (I, 23), a la probable raíz oriental—hindú o china—de la cultura americana, y a tal origen, caso de comprobarse—como hay abundantes hipótesis—, o al colectivismo agrario, se debe esa tipificación en el anonimismo. No nos queda ningún

*nombre*; sólo la *expresión*. Ni en política, ni en cerámica, que fué tan admirable, ni en legislación, ni en arquitectura, ni en religión, ni en poesía, nos han legado una sola individualidad, excepto la del autócrata, y aun sólo la del autócrata famoso. Los frutos intelectuales, como la tierra pródiga, pasaron a ser dominio de la masa. Si algún nombre perdura es el dudoso e insignificante del *quipucamayoc* Catari, a quien alude el jesuíta Anello Oliva. Y, más dudoso como poeta, aunque real como Emperador o Inca, el de Pachacutec, en cuyo derredor se agrupan una multitud de leyendas, cual en torno a un Carlomagno quechua. Es lo único individual que nos queda de esa cultura. El cronista Sarmiento de Gamboa transcribe un supuesto cantar de Pachacutec, de tono rural y sabor a égloga y elegía:

*Nací como un lirio en el jardín y así fuí criado y como vivo mi edad envejecí, y como había de morir, así me sequé y morí.*

A Pachacutec atribuye también Sarmiento el haber mandado escribir una historia de su pueblo, pero es preciso andar con cuidado en este asunto, porque Sarmiento de Gamboa actuaba, de acuerdo con los móviles e instrucciones del Virrey Toledo, en una campaña destinada a probar que el dominio de los Incas en el Perú era una usurpación reciente, a objeto de justificar la intromisión española, y para ello amontonaba todas las hazañas en los incas inmediatos a la Conquista, empezando por Pachacutec.

#### EL QUECHUA Y SU ESCRITURA.

El carácter colectivo, traducido en anonimato permanente, da a la cultura incaica un matiz especial. Mientras cada invento o descubrimiento—hasta América—es motivo de una epopeya en Europa, los quechuas incluyen todos sus más admirables progresos,

la organización de sus *ayllus*, la construcción de sus caminos, acueductos y *andenes*, sus obras de arte y sus leyendas, en el acervo común. Un pueblo que así se desarrolló y que alcanzó adelanto innegable, tuvo una expresión incomparable en su idioma: el quechua. Este idioma requirió una escritura. Los pueblos vecinos también la tuvieron. Pero, ¿cuál fué esa escritura? Si el *Runasimi*—idioma de todo el Imperio—alcanzó a generalizarse tanto, forzosamente tuvo que poseer un medio de perduración y transmisión.

Los datos que para afirmarlo tenemos son de tres clases: el testimonio de los cronistas inmediatos a la Conquista; los restos de primitiva escritura existentes, y las deducciones de la lógica más elemental.

Tal vez parezca ocioso insistir en la escritura, pero ella es uno de los ingredientes de toda literatura—*litterae*—y toda literatura requiere no sólo la expresión oral, el verbo, su esencia, sino también la escrita: *litos*, piedra.

Bernal Díaz del Castillo refiere cómo procedían los aztecas para informar a Moctezuma del desembarco de los españoles, con una escritura primitiva. Sarmiento de Gamboa, Garcilaso, el P. Valera, Huamán Poma de Ayala y Cieza se refieren a lo mismo en el Perú. Cieza es más explícito. En su *Señorío de los Incas* alude a un gran archivo de *quipos* que existía en el Cuzco y en que se conservaba la historia del Imperio. También se sabe que los *quipucamayocs* eran como los escribas egipcios, los únicos capaces de descifrar esa escritura, y que se encargaban de relatar a cada Inca las hazañas de su antecesor.

Como restos de escritura, existen muchos. Apartes los *glifos* mayas que indican la existencia de cierta escritura fonética; los códices *nahuas*—especialmente los de Mendoza, del Vaticano, etc.—; los petroglifos trazados por los Panches en las riberas del Magdalena (Colombia), la famosa piedra de Pandí, etc.; aparte de las

inscripciones, evidentemente rastros de escritura usada por los indios peruanos, como se ve en la piedra de Yonán y la de Caldera, las que Raimondi refiere que encontró en el camino de Sayán a Oyón, las que Riva Agüero cuenta haber examinado en la quebrada del río de Pisco, las que copia Wiener, las que vió Cieza en Huanta, y Acosta y Cobo, y tantos más; aparte todo eso existe el hecho visible de los *quipus*, cuya utilización, al decir de Cieza y según la lógica más elemental—amén de Garcilaso—, no era sólo para operaciones de contabilidad, sino para recordar *hechos*. Escritura mnemotécnica es lo menos que se puede admitir tratándose de los *quipus*. Pero el *Runasimi* no pudo vivir sin una escritura, ni desarrollarse ni trasmitirse sin ella.

Estamos en el terreno del tercer argumento, que es a la vez lógico y analógico. Lógico, porque el más superficial conocimiento del idioma *quechua* nos lleva a inducir, inmediatamente, la existencia de una escritura suficiente para expresarlo; porque su perduración y la duración de las leyendas incaicas, el hecho tangible de que existieran los *quipus*, la maraña de esos nudos de colores, las necesidades del Imperio, el espíritu de organización de los Incas, la existencia de los *chasquis* o correos, encargados de llevar noticias de un extremo a otro del Imperio, toda esa máquina administrativa necesitó una escritura. Lógico, porque los catequistas que destruyeron hasta las inofensivas *antaras* y *tinyas*—flautas de carrizos y tamborcillos— porque habían servido para menesteres paganos, que se jactaban de haber hecho desaparecer centenares de *apachetas* y *conopas*, también destruyeron los archivos de quipus, del propio modo que los monjes del medio-evo, para cantar a la Virgen, raspaban invalorable páginas de literatura latina y labraban esos discutidos palimpsestos. Analógico, en fin, porque la existencia de restos de escritura pétrea en Catamarca (Argentina)

y en el Norte; el que se haya perpetuado con innegable origen incaico el drama *Ollantay* en el Perú, y que Brasseur de Bourbourg pudiese reconstruir el *Popol Vuh* y el *Rabinal Achi*, al norte, entre los mayas, todo ello constituye un argumento decisivo para inducir, al menos, que no es natural ni humano que el Perú se constituyese en única excepción analfabeta, no obstante que su lengua y su organización había logrado un desarrollo mucho más avanzado que los países vecinos.

A falta de una escritura plenamente conocida—fracasó Patron en su teoría súmera—nos van a informar la tradición oral, la lingüística, el *folklore*.

#### EL INCA Y EL POBLADOR.

El *Runasimi* se extendió por todo el Imperio. Su dominio abarcó desde el Noroeste argentino y el Norte chileno, hasta el sur colombiano, incluyendo la actual Bolivia, el Ecuador y el Perú. Basta observar que hoy se habla en Quito un quechua semejante al cuzqueño, lo propio que en Tucumán. La unanimidad del quechua no fué sólo empresa de los conquistadores Incas. Se explica por acción anterior.

El examen del *cauqui*—escribe Riva Agüero—, dialecto que unos pocos indios hablan aún en las serranías de Yauyos (departamento de Lima), permite adivinar un *paleoquechua*, una perdida lengua común de la que el quechua y el aymará deben proceder.

Los dialectos se fundieron, pues, al empuje del idioma imperial. La implantación de los mitimaes no sólo fué tarea de opresión política, sino también—y muy señaladamente—modo de limar asperezas intelectuales. Una de las primeras víctimas de esta empresa fué el lenguaje regional. Se estableció la lengua nacional. Cuando en 1583 el Concilio de Lima trató de adoptar lenguas para predicar a los indígenas, señaló el quechua, el aymará, el guaraní, el araucano, es decir, los grandes grupos.

Así fué cómo el idioma sirvió a la empresa política y la literatura se desarrolló sometida a la voluntad imperial. La religión también vivió sumisa a esta voluntad omnipotente. Fué la *ancillae imperialis*.

El helenismo incaico se quintaesenció en el inca, y representaba el poder sobre la tierra. Era el inca quien debía presidir las fiestas religiosas y también civiles. Era él además el que regía la inspiración de los poetas oficiales y el que destruía o conservaba sus cantos. Su mano sagrada hundía el arado en la tierra ávida; casaba a los mancebos y levantaba el vaso rebosante de chicha, para embriagarse en las suntuosas festividades del *Capacj Raymi*, el *Huarachico*, el *Intip Raymi*, y la *Situa*. En tanto los *villacs* pronunciaban oraciones que la tradición ha recogido y que encierran admirablemente retazos del espíritu religioso de su época, a la vez que son preciados documentos de una literatura aun en tinieblas.

Pero la hegemonía incaica—tanto desde el punto de vista político como desde el literario—sufrió reveses. Los cronistas Cieza, Cobo, Sarmiento, Betanzos aluden a algunas rebeliones. Hubo cambio de dinastía después de Capac Yupanqui. Según la costumbre, referida por Cieza y Garcilaso, de cantar sólo a los grandes emperadores, es posible que se haya omitido el nombre de algunas Incas mediocres, como Amaru o Urco. Sangrientas insurrecciones de *chancas* conmovieron al país en tiempos de Yahuar; la sujeción de los *chimbús* bajo Pachacutec; la de los discutidos y problemáticos *scyris* de Quito con Huayna y la guerra fratricida entre los hijos de éste, no son cuadros de paz sino de guerra.

Recojo estos datos, no por gusto de mezclar la historia externa a la literatura, sino porque ellos vienen a decir que hubo espíritu de rebelión, de indulgencia, de individualismo, en el Imperio, que se ha tenido generalmente por pacífico y chato. A terminar esta agi-

tación encaminó sus pasos el Monarca cuando organizó las enormes traslaciones de pueblos sometidos, trasplantados, a quienes se denominaba *mitimaes* y de cuya institución arranca la división social del Imperio entre *Llactarunas* o nativos, y *mitimaes* o trasplantados. Y como un golpe final estableció la unidad de idioma.

El primero de tales medios originó la tristeza indígena, el mal de ausencia, la nostalgia, sobrepuesta, según autorizadas opiniones, a la tradicional alegría dionisiaca de los primitivos peruanos. El segundo, la extensión del idioma quechua, dió vida a una literatura uniforme y, andando los siglos, a la sabrosa aparición del vocabulario peruano regional, plagado de quechuismos, tan pintorescos como el *calato* que no es el desnudo griego, sino el risible de un Sancho; la *tapia* y la *pilca*; la desolada *pampa* que los gauchos tienen por suya; el lloroso *yaraví*, la pulquérrima *llama*; el terco *cholo*; el *poncho* multicolor y la penetrante *quena*; la *ojota* en vez de sandalia; la calva y frígida *puna*, el *choclo*, el *guanaco*, la *papa*, las *cacharpas*, el *cacharpari*, el *camote*, la *cancha*, el toponímico *cocha* para los lagos; el inconfundible *cacique*, la *chirimoya* perfumada.....

(Concluirá.)